

CAPITULO V

1891.

En el número de "*Le Trait d'Union*," antiguo y acreditado órgano de la colonia Francesa en México, correspondiente al 26 de Agosto de 1891, se leía lo que sigue: "Concierto á beneficio del Asilo de Mendigos.—Antes de ayer tuvo lugar, en el Teatro Nacional, el concierto á beneficio del Asilo de Mendigos. La concurrencia fué muy numerosa y sobre todo muy brillante. Todos los palcos estuvieron ocupados y no quedó ni una sola luneta libre. El programa estuvo muy bien dispuesto: la Srita Elena Padilla ejecutó de un modo notable la *Rapsodia Húngara*, de Liszt, la *Tarantela*, de Gottschalk y la *Danza Macabra*, de Saint-Saëns. Oíase por primera vez en público, y el éxito que alcanzó la animará, así lo esperamos, á proporcionarnos frecuentemente ese placer.—El Sr. D. Jacobo García Sagredo, es un violinista de gran talento: tocó la *Fantasia característica* de Stephen Heller, y la *Reverie* de Vieuxtemps, de modo que mereció los aplausos del público escogido que le escuchaba.—La Srita. Ana Irigoyen cantó la *Pregñera* de Tosti, con enternecedor hechizo; tiene una hermosa voz, y, no es lisonja, es una muy guapa joven.—Aparte del *debut* de la Srita. Padilla ante el público mexicano, los dos principales atractivos de la función, fueron el monólogo de la Srita. Virginia Fábregas y las piezas tocadas por la estudiantina "La Bohemia." La Srita. Fábregas dijo con la gracia y despejo que le son propios, *El Día completo*, de Blasco. En cuanto á la Estudiantina, la *Marcha morisca*, de Gabrielli, le valió un verdadero triunfo: fué aquello original y delicioso.—Bajo el punto de vista artístico, el concierto á beneficio del Asilo de Mendigos, fué uno de los rarísimos conciertos en que todos los números del programa hayan sido igualmente interesantes, y en que el talento de los artistas haya estado á la altura de su buena voluntad.—En cuanto á la concurrencia, notamos que los palcos estuvieron ocupados por toda la buena sociedad mexicana que se halla en la Capital.—En resumen, el producto debe de haber sido excelente, y nadie dejó de dar con gusto su dinero: es uno de los más bonitos conciertos á que hemos asistido."

Hé aquí el programa de ese concierto que tan extraordinarios elogios mereció al acreditado periódico francés:

"Gran Teatro Nacional.—Concierto á favor del Asilo de Mendigos, para la noche del Lunes 24 de Agosto de 1891, á las ocho y media en punto.—*Primera parte*.—I. *Guillermo Tell*, Rossini. Obertura ejecutada á telón corrido por la Orquesta del Conservatorio Nacional de Música, bajo la dirección del maestro D. José Rivas.—II. *Fantasia característica*, Heller. Ejecutada en el violín por el Sr. D. Jacobo García Sagredo, acompañado al piano por el maestro D. Tomás León.—III. *La Hija del Regimiento*, Donizetti. Romanza cantada por la Srita. Joaquina Alfaro, acompañada al piano por el Sr. D. Julio Muirón.—IV. *Rapsodia Húngara*, Liszt. Ejecutada por la Srita. Elena Padilla.—V. *Fausto*, Gounod. Dúo de Lebouc ejecutado en el violoncello por el Sr. D. Luis G. Zayas y en el piano por la Srita. Elena Padilla.—*Segunda parte*.—VI. *Día completo*, Blasco. Monólogo en verso interpretado por la Srita. Virginia Fábregas.—*Tercera parte*.—VII. *a. Carmen*, Bizet. Potpourri, arreglo del Sr. D. Julio Muirón.—*b. Marcha Morisca*, Gabrielli. Arreglo del Sr. D. Luis G. Zayas Ejecutados por la Estudiantina "La Bohemia," formada así: Director, Alberto Michel. Bandurrias: Ignacio Michel, Guillermo Vigil, Luis V. Lagarde, Lauro García Sagredo, Manuel Beltrán y Mejía, Mariano Arteaga, Juan Arteaga, Francisco Rodríguez Belaunzarán, Angel de Campo, Eduardo Vigil, Carlos Vigil. *Violines*: Luis Godard, Enrique Muirón. *Viola*: Julio Muirón. *Violoncello*: Luis G. Zayas. *Guitarras*: Francisco Arteaga, Manuel Irigoyen, Leopoldo Castro, Joaquín Castillo. *Bajos*: Joaquín Haro, Jesús Bracho.—VIII. *Gran Tarantela*, Gottschalk. Por la Srita. Elena Padilla.—IX. *Pregñera*, Tosti. Romanza cantada por la Srita. Ana Irigoyen, acompañada al piano por el Sr. D. Julio Muirón.—X. *Reverie*, Vieuxtemps. Ejecutada por el Sr. D. Jacobo García Sagredo, acompañado al piano por el Sr. D. Tomás León.—XI. *Danza Macabra*, Saint-Saëns. Ejecutada á dos pianos por la Srita. Elena Padilla y los Sres. D. Alberto Michel, D. Julio Muirón y D. Eduardo Vigil.—Directores de escena: Sres. D. Alberto Michel y D. Luis G. Zayas.—*Precios de entrada*: Plateas y palcos primeros con 8 asientos, diez pesos; palcos segundos con 8 asientos, ocho. Entrada eventual á palcos segundos, un peso; palcos terceros con 8 asientos, seis pesos; entrada eventual á palcos terceros, setenta y cinco centavos; luneta, un peso veinticinco centavos; galería, asiento numerado, cincuenta centavos; galería, entrada general, veinticinco centavos."

Siete días después de verificado ese concierto, el fundador y director del Asilo de Mendigos, D. Francisco Díaz de León, remitió á los principales periódicos de la Capital una carta en que incluía la cuenta del producto del Gran Teatro en esa noche del 24 de Agosto: según ella, el total de entrada fué de un mil noventa y siete pesos veinticinco centavos; de esta suma hubo de deducirse la de doscientos cua-

renta y seis pesos sesenta y cinco centavos, gastada en carteles, invitaciones, programas, boletos, transporte y afinación de pianos, dependientes del teatro, timbres y otros gastos, y pago á la Orquesta del Conservatorio, que fué entre los ejecutantes el único grupo que no contribuyó desinteresadamente á la benéfica obra, y cobró ochenta pesos sólo por tocar la Obertura de *Guillermo Tell*. En dicha carta el Sr. Díaz de León se felicitaba del éxito de la lucidísima fiesta, y daba las gracias á cuantos en ella tomaron parte, sirviéndose dedicar á mi persona las siguientes líneas: "Al buen éxito del concierto, contribuyó mucho el Sr. D. Enrique de Olavarría y Ferrari, quien con gusto acogió la iniciativa de dar esa función y reunió en su propia casa á las estimables señoritas y jóvenes diletanti, presenciando los ensayos con singular cariño." Ciertamente cualquiera habría hecho lo mismo si se le hubiese buscado para una tan meritoria obra, y podido contar como yo contaba con el especial afecto y buena voluntad del extenso círculo de amigos y distinguidos aficionados y artistas, que en amena reunión congregábanse en mi morada del núm. 18 de la calle de Zuleta.

Allí, con su propio y admirable talento supo conquistarse la general simpatía la experta y sorprendente pianista Elena Padilla, cuyo primer artículo biográfico tuve la satisfacción de producir y publicar en la *Ilustración Musical* de Barcelona, de donde le tomaron y reprodujeron en miles de ejemplares *El Nacional*, *El Tiempo* y el *Mundo Literario Ilustrado*, de México, *El Mercurio Occidental* de Guadalajara, y otros varios periódicos de diferentes puntos. Nacida en Guadalajara, capital de Jalisco, el 19 de Abril de 1871, desde la más corta edad demostró invencible inclinación á la música, y á la de ocho años apenas, tocaba ya en el piano las más complicadas composiciones con maravillosa destreza: discípula sucesivamente de D^a Eusebia Torres, y D^a Eugenia Blanco, recibió después algunas lecciones del notable maestro D. José Gómez; pero pronto sobrepasó á todos ellos y guiándose sólo por su superior instinto artístico y abandonándose á su propio genio, estudió por sí misma á los grandes y más clásicos compositores, y sin debérselo á nadie adquirió la limpieza, el gusto, la elegancia, el brillo, la perfección y la ciencia del mecanismo que la hicieron alcanzar una positiva maestría en el vencimiento de dificultades, así provengan de las composiciones mismas ó de la naturaleza especial del piano. En los últimos meses de 1890 se trasladó de Guadalajara á México, y pocas semanas bastaron para que la mejor sociedad de la Capital se deshiciese en elogios y en aplausos, y reconociera en la joven y bella pianista su gran delicadeza, elevadísimo sentimiento artístico, y ejecución y seguridad insuperables: de admirar son su conocimiento en el juego de los pedales, su perfección en el mecanismo, y su solidez en la interpretación: no es circunstancia menos

sorprendente en Elena Padilla, su memoria prodigiosa, merced á la cual retiene en ella más de cuatrocientas piezas de los más diversos géneros y compositores, que toca sin el menor descuido, como lo han comprobado ya prácticamente diversas personas que han seguido á la ejecutante teniendo los originales á la vista. Uno de sus más señalados triunfos fué el que obtuvo en México, en el Gran Teatro Nacional, en el concierto del 24 de Agosto de 1891, de que ya hemos hablado. Según hizo observar un experto crítico, Elena comunica en cierto modo su espíritu, ó más bien sus inspiraciones propias á la música que ejecuta, dote apreciableísima que la dispone á la composición, á la que debería dedicarse. Hasta hoy no se ha resuelto á hacerlo porque, sin razón tal vez, supone que le sería imposible crear bellezas semejantes á las de los grandes maestros que tan á la perfección conoce y tan divinamente interpreta. Si algún día pudiese realizar su constante anhelo de trasladarse á Europa, y encontrarse en un ambiente esencialmente artístico, pues aquí en México la escasa protección que las artes encuentran hace que ese ambiente no exista, Elena Padilla quizás no tardaría mucho en ser una notabilidad universalmente aclamada, y quizás también se nos revelaría excelente compositora, pues por más que se obstine en no quererlo creer, entendemos que para ello le sobran facultades y talento. En las reuniones literario-musicales del que llegó á ser llamado por los concurrentes á ellas *Círculo zuletano*, fué siempre Elena Padilla uno de sus principales encantos, y entendemos que jamás ha de olvidar los triunfos y aplausos que allí alcanzó.

Allí también la Srita. María Lebrija, la rubia *diva* nieta del célebre poeta Carpio, é hija de notabilísima profesora, cantaba con la delicadeza y sentimiento que le son peculiares, y lucía su lindísima voz, dulce, extensa, admirablemente afinada, perfecta en el fraseo, é imprimía á sus bien elegidas piezas una expresión casi sin rival. Allí brillaba á su vez la hermosa Ana Irigoyen, tan justamente elogiada por el crítico musical del competente *Trait d'Union*, y por todos sus oyentes celebrada siempre por su poderosa y magnífica voz de contralto. Allí también la casi niña Matilde Olavarría, que mi pluma no debe celebrar porque no sabría ser imparcial, hizo los primeros ensayos de su garganta que Alberto Michel llamó privilegiada, y mereció que Manuel Larrañaga y Portugal dijese de ella "qué bien ha dicho Othón!: los labios de Matilde Olavarría han sido hechos para la plegaria; para que en ellos abra sus alas ese canto divino, el *Ave Maria* de Luzzi: ¡Qué bien canta Matilde! Parecía que un ángel era el que elevaba aquella oración, que cuando surge de unos labios castos y virginales como los de ella, debe subir al cielo como una onda azulada de perfumes." Allí deleitaban también con sus primorosas notas Lupe y María Michel y María Calero, y al-

guna vez brilló por su dulzura y maestría la del celebrado y elegante artista José Vigil y Robles. Allí, por último, se dió á conocer la también verdadera artista Matilde Bruguière cuya voz de contralto con facilidades de un soprano de mucha fuerza fué siempre causa del entusiasmo de sus oyentes: la voz de la Srita Bruguière no sólo era de una extrema frescura, sino muy extensa y bien timbrada, de mucha potencia y extraordinario brillo en el registro alto, y susceptible de grande amplitud en el medio. Era la suya una soberbia voz llamada á producir sorprendentes resultados y escuchábase con sin igual delicia en el *Sancta Maria* de Faure, en la gran aria de *Favorita*, *O mio Fernando*, en la romanza *Si tu m'aimais*, de Denza, en cuantas piezas, en fin, acometía en todos los géneros y de todos los autores, pues todo sabía interpretarlo con la más perfecta y maravillosa maestría. Verdaderamente la Srita. Matilde Bruguière era ya entonces tan grande artista como muchas de las muy distinguidas que se han hecho oír en nuestros teatros, y muy superior á buen número de ellas.

Pocos meses después de aquella su permanencia en México, la Srita. Bruguière, llevada por su familia á Nueva-Orleans, mereció que en el periódico *L'Abeille*, se dijese: "Hace algún tiempo se abrió un concurso en nuestra ciudad, con objeto de elegir artistas capaces de representar dignamente á la Luisiana en la Exposición celebrada con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. El jurado se compuso de competentes conocedores, artistas y directores de orquesta de nuestra Grande Opera, y sus votos resultaron unánimemente favorables á la Srita. Matilde Bruguière, que obtuvo la calidad de laureada y primer premio de la Luisiana." Con este motivo dió un concierto en la gran sala *Odd Fellows*, el 27 de Abril de 1893, con asombrosos éxito y aplauso. "Muy joven aún, añadía *L'Abeille*, la Srita. Bruguière no se había hecho oír entre nosotros; pero según voz pública y las revistas de algunos periódicos, no hace mucho que durante una corta estancia en México, obtuvo en esa capital, donde abundan los inteligentes, muy notables triunfos. Fácilmente comprendimos esos éxitos después de haberla oído. Vivamente excitamos á la Srita. Bruguière á consagrarse al estudio; sólo de ella depende el formarse un grandioso porvenir; es una artista de abolengo que puede conseguir muchísimo. Obtuvo entusiastas aplausos de la enorme y escogida concurrencia, á la que dejó encantada."

Matilde Bruguière, que, á sus muchas cualidades une la de una modestia y una sencillez encantadoras, siguió el consejo del experto crítico de *L'Abeille de la Nouvelle Orleans*, y se trasladó á Alemania é ingresó en el Real Conservatorio de Música, de Dresden. Una muy merecida suerte quiso que desde un principio la aceptase en su cátedra la habilísima profesora Mlle. Aglaja Orgení von Górgen, artista de altísimos méritos y directora de canto en aquel Conservatorio: la

Srita. Orgení fué discípula de Mad. Viardot y del eminente profesor Lamberti, el padre: ambos disfrutaron de universal reputación, á su escuela se deben artistas de superior mérito, y nos parece ocioso detenernos en elogiarlos, pues no creemos que nadie medianamente instruído pueda ignorar que Mad. Viardot, llamada así después de su matrimonio con el notable literato francés, fué Paulina García, hija del inmensamente célebre tenor español Manuel García, y hermana de la celeberrima Malibrán: con sus lecciones Mlle. Orgení pronto estuvo en aptitud de conquistar envidiable puesto en el profesorado, y merced á su escuela y á su método, la voz de la Srita. Bruguière, ya desde antes admirable, se hizo superiormente bella. Bajo su hábil dirección los progresos de su discípula sobrepasaron todo lo que de ella se esperaba: la extensión de su voz comprende tres octavas y un medio tono, siendo igualmente bellas las notas altas y las notas bajas: según opinión del jurado de examen del Conservatorio, la voz de la Srita. Bruguière es de una potencia verdaderamente rara, y tan sorprendente que podrá á la vez acometer las particiones de soprano y de contralto y cantar unas y otras con igual facilidad. Así lo hemos visto confirmado en una carta del profesor Krantz, director general del Conservatorio de Dresden, uno de los mejores de Europa, y en otra de la Srita. Orgení, que á la letra dice: "Antes de todo, tengo que manifestar que la Srita. Bruguière posee una voz de lo más magnífico que jamás he oído: es, en efecto, la más hermosa voz con que contamos por ahora en el Conservatorio: la naturaleza le dió además un oído muy fino, especialmente en cuanto á las notas sueltas *e. a. d.* Una vez aprendida una pieza, la ejecuta con una pureza y una exactitud admirables: su voz soberbia y de un brillo raro, va directamente al corazón, y desde luego se conquista las simpatías generales: sus trinos son maravillosamente encantadores."

Volviendo á referirnos á aquellas reuniones en que se hizo aplaudir la Srita. Matilde Bruguière, diremos que las constituían excelentes músicos, profesores en su mayoría, que llegaron á formar un verdadero y notable círculo filarmónico. Señaláronse siempre el maestro D. Tomás León, tantas veces nombrado con elogio en este libro; el distinguidísimo violinista Jacobo García Sagredo; Rosendo Romero y Luis Godard, expertos concertistas; Luis G. Zayas, uno de los primeros y más aplaudidos violoncellistas mexicanos; Julio Muirón, compositor y pianista inspirado y feliz; Eduardo Vigil, autor aplaudidísimo y buen director de orquesta; y cada uno de los miembros de la Estudiantina "Bohemia," formada por distinguidos jóvenes que en los ratos de ocio que les dejaban sus ocupaciones en el periodismo, el comercio, ó los empleos públicos, dedicáronse al cultivo de la música, por simple recreo suyo y de sus admiradores, que lo fueron

cuantos siquiera una vez hubieronlos escuchado. Ya dijimos cuán favorable opinión merecieron al experto crítico de *Le Trait d'Union*, que al menos en aquella época no era nada clemente en asuntos de su competencia: bien es verdad que al elogiar su presentación en el Gran Teatro Nacional, nada dijo que con anticipación no hubiese confirmado el público, que no contento con las piezas marcadas en el programa, obligó á la "Bohemia" á tocar otras muchas de su abundante repertorio.

La presentación del 24 de Agosto en el Gran Teatro, fué por así decirlo, la más solemne pero no la primera de la simpática agrupación de jóvenes filarmónicos que constituían la susodicha "Bohemia." En la noche del viernes 11 de Julio del precedente año de 1890, en el teatro de Apolo de Tacubaya organizó esa *estudiantina* una función lucidísima á beneficio del Hospital que debía fundarse en aquella ciudad. Hé aquí el programa:

"Primera parte.—1.º *Polonesa*, óp. 40 núm. 1, Chopin, piano solo por el Sr. Julio Muirón.—2.º *Ti vorrei rapiri*, Gastaldon, romanza para barítono por el Sr. Manuel M. Irigoyen.—3.º *Réveuse*, Ch. Beriot, pieza para violín por el Sr. Luis Godard.—4.º Representación de la comedia en un acto y en verso del Sr. Miguel Echeagaray, intitulada: *Echar la llave*. Reparto: *Luisa*, Srita. Victoria González: *Francisca*, Srita. Luisa Delgado: *Pepe*, Sr. Guillermo Vigil: *Julio*, Sr. Alberto Michel.—Segunda parte.—1.º *Lom du bal*, Guillet, pieza para cuarteto de cuerda por los Sres. Luis Godard, Enrique y Julio Muirón y Luis G. Zayas.—2.º *Regnella*, Braga, romanza para tenor, de la ópera del mismo nombre, por el Sr. Lauro García Sagredo, discípulo del Sr. Testa.—3.º *Gavota*, Popper, pieza para violoncello por el Sr. Luis G. Zayas.—4.º Representación del juguete cómico en un acto y en prosa, original de Pedro Ponce y Juan Carranza, intitulado *A pluma y á pelo*. Reparto: *Luis*, Sr. Luis V. Lagarde: *Nicolás*, Sr. Alberto Michel.—Tercera parte.—Presentación de la Estudiantina "La Bohemia," que tocará las siguientes piezas:—A. *Susina*, wals, Alberto Michel.—B. *Serenade*, Ch. Gounod."

El variado programa de la bien organizada agrupación artística, se llevó á cabo en todas sus partes, mereciendo, dice un revistero, especial mención el desempeño de la graciosa comedia de Echeagaray, *Echar la llave*, en la que se distinguió notablemente la simpática escritora Srita. Victoria González, que estuvo bastante inspirada interpretando el papel de *Luisa*. La Srita. Luisa Delgado desempeñó satisfactoriamente su papel, y los Sres. Guillermo Vigil y Alberto Michel, obtuvieron aplausos en la caracterización de sus respectivos personajes. El cuarteto de cuerda tocó magistralmente el "*Lom du bal*" de Guillet. El Sr. Luis G. Zayas se hizo aplaudir, haciéndose además acreedor á los honores de la repetición, tocando en el violon-

cello la preciosa *Gavota*, de Popper. En la representación del juguete cómico "*A pluma y á pelo*" que siguió después, alcanzaron aplausos los Sres. Michel y Lagarde que lo desempeñaron muy bien. La tercera parte del programa fué cubierta por la Estudiantina "*Bohemia*" que dirigía el joven compositor Alberto Michel, de quien tocó el bonito walse *Susina*; después ejecutó la *Serenata* de Gounod, obteniendo una entusiasta ovación y los honores del *vis*. La concurrencia fué muy numerosa; el pequeño teatro presentó un bonito golpe de vista y los productos fueron de consideración, teniendo en cuenta lo reducido del local. *La Bohemia* pudo quedar orgullosa del aplauso que lograron todos sus miembros y del resultado que dieron sus caritativos impulsos.

Volvamos ahora á las reuniones ó veladas de nuestra casa de Zuleta.

Al singular encanto de la música buena y bien ejecutada uníase el no menos supremo de la bella literatura. "En el pequeño Parnaso como llaman al salón los íntimos,—decía en una de sus *cartas semanales* la Srita. Victoria González, cronista de *El Diario del Hogar* y de *El Partido Liberal*,—reúnen casi todos los jóvenes que forman *El Liceo Mexicano*, prosistas y poetas de talento, esperanzas de las letras patrias. Háblase de literatura, y se improvisan composiciones, á veces sobre un solo tema que el Sr. Olavarría les da, resultando algunas sumamente inspiradas." En otras ocasiones declamábanse escenas y aun actos completos de obras de notables autores, y en ese caso solía llevarse la palma de los aplausos la citada cronista Victoria González, productora de amenas *revistas* que firmaba con el seudónimo *Abeja*, y creadora feliz de interesantes ensayos dramáticos y actriz por afición, sumamente discreta é inspirada.

Y ¿cómo no había de resultar hermoso el conjunto de esas veladas si las honraban poetas como Juan de Dios Peza, que allí dió á conocer, leído como él sabe hacerlo, su magnífico monólogo *Sola!* y otras muchas de sus popularísimas composiciones? ¿Cómo no creer que en efecto allí reflejaba sus luces el Parnaso al oír á Manuel J. Othón recitar sus versos magníficos que mantenían suspensos á sus absortos oyentes? También pasaron por allí el distinguidísimo poeta peruano Carlos G. Amézaga, tan franco, tan sincero, tan elocuente, tan instruído, tan simpático á cuantos tuvimos el gusto de tratarle como si siempre le hubiésemos conocido, y la profunda y positiva pena de verlo partir cuando ya le veíamos como nuestro. En aquel salón, tan humilde como favorecido por el gran Justo Sierra y el atrayente Luis G. Ortiz, hizo también oír sus deliciosas rimas el célebre Francisco A. Icaza, embalsamando el ambiente con el aroma de los laureles alcanzados en España con su libro precioso de preciosas poesías; José Bustillos, poeta y lector insigne; Enrique Fernández Granados, tan

correcto y elegante en la forma de sus estrofas; Francisco y Rafael de Alba, cinceladores de mágicos versos, fáciles romances y seductores artículos; Antonio de la Peña y Reyes, tan erudito y mágico orador; el sabio y estudioso incansable Luis González Obregón; el espiritual y amenísimo Alberto Michel, fácil y gracioso improvisador; el espléndido paisajista literario y admirable pintor de costumbres Angel de Campo; el notabilísimo vulgarizador de las ciencias que á perfección posee, Ezequiel A. Chávez; el singular periodista y sereno y sesudo crítico José P. Rivera; el amable y bien quisto articulista Enrique Santibáñez; el ameno conversador y caprichoso autor de deliciosos cuentos Guillermo Vigil; el al parecer grave y sin embargo graciosísimo traductor y buen poeta Balbino Dávalos; el modesto é ilustrado Joaquín Haro; el oportuno y fácil versificador José M. Ochoa, alma todos ellos de la importantísima agrupación literaria *Luceo Mexicano*, fundada el 5 de Febrero de 1885 en la casa núm. 21 de la calle de Ortega.

A ese *Luceo* imprimió desusada vida el amigo de todos los escritores y maestro de los más, Ignacio M. Altamirano; su noble propósito fué de fácil realización porque los jóvenes, que sin más norte que el estudio fundaron ese círculo, eran todos risueñas esperanzas que hoy se han convertido en opulenta realidad. Suspendidos los trabajos de las antiguas agrupaciones literarias que tanto honraron á su patria y tanto escritor insigne produjeron, el *Luceo Mexicano* vino á provocar una reacción saludable y útil, y en su salón de sesiones, últimamente llevado á la Biblioteca Nacional, y en su periódico y órgano establecido el 15 de Octubre del mismo año de 1885, logró reunir las personas y los trabajos de los dispersos antiguos y de los literatos nuevos. Su lista de socios de número y honorarios, y de redactores y colaboradores, es, por así decirlo, el catálogo de los escritores de esta última época de la literatura nacional. La más joven sección contaba con Francisco y Rafael de Alba, Francisco Altes, Heriberto Barrón, Miguel Bolaños Cacho, José María Bustillos, Angel de Campo (*Micró*s), Rubén M. Campos, Ramón A. Castañeda, Manuel T. Corzo, Francisco Chiapa, Balbino Dávalos, Fernando L. Echegaray, Toribio Esquivel Obregón, Enrique Fernández Granados, Ezequiel A. Chávez, Francisco A. de Icaza, Carlos López, Alberto Michel, Agustín Alfredo Núñez, Antonio de la Peña y Reyes, José M. Ochoa, José Pablo Rivas, Ricardo Rubio y Rocha, Enrique Santibáñez, Gregorio Torres, Luis G. Urbina y Guillermo Vigil.

En la segunda sección, la de colaboradores, figuraban antiguas glorias literarias, y muchos de los escritores que brillaron después de la época famosísima de las *Veladas y Bohemia literaria*: Ignacio M. Altamirano, Gregorio Aldasoro, Jacobo M. Barquera, Bernabé Bravo, Joaquín Casasús, Pedro Castera, Casimiro del Collado, José T. Cué-

llar, Rafael Delgado, Salvador Díaz Mirón, Ricardo Domínguez, Gonzalo A. Esteva, Francisco Flores Gardea, Hilario S. Gabilondo, Augusto Genin, Eduardo A. Gibbon, Francisco Gómez Flores, Joaquín Gómez Vergara, Pablo González Montes, Antonio García Cubas, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan Hernández Dávalos, J. F. Jens, José Miguel Macías, Ramón Manterola, Juan Martín del Campo, Luis G. Ortiz, Joaquín Arcadio Pagaza, Porfirio Parra, Ireneo Paz, Rafael Angel de la Peña, Luis Pérez Verdía, Juan de Dios Peza, Francisco Pimentel, Angel Pola, Anselmo Portilla, Guillermo Prieto, Emilio Rabasa, Vicente Riva Palacio, Félix Romero, Luis G. Rubín, Eduardo Ruiz, Jesús Sánchez, Miguel Schultz, Justo Sierra, Francisco Sosa, Francisco del Paso Troncoso, Jesús Valenzuela, Eduardo del Valle, R. Valle, José María Vigil, Juan de Dios Villalón, y Julio Zárate.

Una y otra lista están tomadas de los números de "El Liceo" de que entonces eran Luis González Obregón, *Director*; José P. Rivera, *Secretario*; y Francisco Javier Gaxiola, *Administrador*, correspondientes á 1891, año del que reseñamos sucesos en este capítulo. Aun vivían por fortuna algunas eminencias que ya no constan en sucesivas listas, y es grato para nosotros consignar todavía sus nombres como presentes, ya que continúan estándolo ante nuestro cariño y respeto.

Satisfacción tuvimos en sostener por más de dos años las veladas literario-filarmónicas de nuestra casa de Zuleta, que nos parece no olvidarán fácilmente quienes nos hacían el honor de concurrir á ellas, engalanándolas con las manifestaciones de su talento. Por nuestra parte guardamos su memoria entre las más gratas de nuestra vida, que, con orgullo lo decimos, hemos consagrado á honrar, en la medida de nuestras escasas fuerzas, á este querido México que nos ha hecho el favor y la distinción de permitirnos considerarle como nuestra buena y amada patria. A ella debo cuanto soy y valgo y la dicha de que disfruto en mi venturoso hogar. Si ese valer es pequeño, no es culpa de este delicioso país que tanto me ha distinguido, sino culpa y delito míos, porque mi inteligencia humilde nunca ha podido alcanzar á los tamaños de mi bonísima voluntad.